

Incomprendida la Falange, como siempre. Las derechas queriendo entonces comprar con el dinero, que siempre nos había negado, la vida de los camaradas, para que evitaran aquel derrumbamiento que a España se le venía encima.

Dinero y dinero nos ofrecían para que compráramos armas, que antes nos hubieran hecho falta.

Se compraban pistolas desiguales y malas, que escondían las camaradas de la Sección Femenina.

Brazaletes, emblemas, mujeres de la Falange sin dormir junto a las máquinas de coser, preparando los distintivos para el día del Movimiento. Miles de camisas azules, banderas, todo escondido en los sótanos, para lanzarlo a la calle. Registros de la Policía todos los días y a todas horas. Paquetes de propaganda y consignas de José Antonio escondidas debajo de las baldosas.

Preguntas capciosas de la Policía para descubrir más hombres que llevar a la cárcel. No comprendían cómo teniendo a todos los Jefes detenidos la Falange seguía moviéndose, la Falange mandaba en la calle. Apretada hermandad de la Falange, nunca se descubrió el nombre de un camarada en las declaraciones de los detenidos.

Cientos y cientos de nuevos afiliados, mucho miedo en algunos de ellos, recibos sin firmar y con un número para no comprometer a nadie.

La Sección Femenina repartiendo el socorro de presos, visitando a los heridos en los hospitales y misas al amanecer por los camaradas que caían.

Últimas órdenes desde la cárcel a las chicas de la Sección Femenina para que las transmitieran a los camaradas.

Y en medio de este vértigo, en el que se cometió, entre otras barbaridades, el incalificable asesinato de Calvo Sotelo, llegó el 18 de julio y cogió apercebidos y en sus puestos a los hombres y a las mujeres nacionalsindicalistas.

Y triunfamos porque desde que empezó la Falange a actuar en la calle las camaradas de la Sección Femenina encendieron una lámpara de aceite delante del altar.

Y esa luz, que de día y de noche, en plegaria perenne, llegaba hasta Tí, te decía, Señor, lo que sentían nuestros corazones.

Y era que queríamos para España la justicia y el amor. Y te pedíamos, Señor, que librases a nuestros camaradas de las asechanzas de sus enemigos. Porque unos con pistolas y otros con voces de fariseos querían aplastarnos. Que hubo quien dijo de nosotros que no éramos católicos, porque su espíritu no fué capaz de comprender todo el fondo religioso de la Falange. Pero la verdad es que sus costumbres de vida fácil y cómoda les impedían compartir con alegría el riesgo y la pobreza de la Falange. Por eso se apartaron de nosotros.

Y cuando nos rodeaban los peligros, acudíamos a Tí y la fe de nuestras almas era viva como la llama de la lámpara de aceite.

Tú eres la esperanza de nuestra juventud y todos los de buena voluntad confiamos en Tí y te pedimos, Señor, que te acuerdes también de los que cayeron por la Falange.

Antes de terminar esta historia, quiero dedicar un recuerdo al pequeño automóvil «Morris» que nos sirvió para todas nuestras andanzas. El camarada «Morris», como le llamábamos en la Falange. El ha sido testigo y portador de la propaganda que hacíamos por los pueblos. Debajo de sus asientos se escondieron pistolas, muchas veces hubo que apretar el acelerador para huir de la Policía o de las pedradas de los marxistas. El camino de la cárcel se lo sabía de memoria, y él oía las primeras notas del himno cuando íbamos aprendiéndolo por los caminos de España para enseñárselo a los camaradas de provincias. No sé qué suerte habrá corrido, pero lo cierto es que prestó buenos servicios.

Esta parte de la historia de la Sección Femenina de la Falange va dedicada a José Antonio, Jefe y Fundador de la Revolución Nacionalsindicalista.

A Matías Montero, el quinto de los Caídos por la Falange, estudiante, y el que, siguiendo las